

me es preciso imitar la industria de los geógrafos que demarcan en una terciá de papel un imperio muy dilatado, señalando sus mas famosas ciudades con unos puntos casi imperceptibles, y sus términos con unas pequeñas líneas. A este modo pues ¿no véis ya allí en la ciudad de Bríndis un niño que apenas puede hablar, y ya predica en la iglesia catedral con admiración y espanto de los circunstantes? Ese es nuestro beato, que vestido de frailecito en la edad de seis años, tiene ya licencias de su obispo para anunciar la palabra de Dios públicamente, reprendiendo los vicios, alabando las virtudes; y empezando tan temprano á ser un ministro útil á la iglesia, y un buen ciudadano que procura desde la infancia la felicidad de todos sus compatriotas. ¿No advertís allí en Verona un jóven de un génio dócil y vivo, de una presencia bien proporcionada y amable, y adornado de una piedad singularísima, que desnudándose de los vestidos del siglo, y dejando con ellos cuanto el mundo podia prometerle, se viste de un sayal tosco entre los capuchinos, y desde el mismo noviciado es ya admiracion de los mas perfectos con una pobreza suma, con una castidad angélica, con una obediencia universal, con una humildad profunda, con una caridad heróica, y con un conjunto extraordinario de virtudes? ¿No echais de ver que ese jóven apenas pasa al estudio de las artes y sagrada teología, aparece adornado de una memoria prodigiosa y de unos talentos sublimes, con los que sin faltar un ápice á la regular observancia mas exacta, ni al estudio de aquellas materias á que le habian destinado los superiores, se aplica constantemente á los estudios amenos y á la inteligencia de las lenguas; de tal suerte, que traducia, hablaba y predicaba despues cuando se presentaron las ocasiones, en griego, hebreo, caldeo, aleman, italiano, frances, español y latin? Pues ese jóven admirable destinado por el cielo para grandes cosas, ese es el fraile: ese es nuestro beato Lorenzo. Ese mismo es quien al defender las conclusiones filosóficas, parecia que hablaban por su boca los Platones, los Aristóteles, los Sócrates, los Pitágoras. Ese es quien al hablar de la sagrada teología, se pensaria que habian transmigrado á su espíritu las almas de los Agustinos, los Tomasés y Buenaventuras. Ese mismo es quien poseía una noticia completa del dogma y la disciplina, del derecho canónico y real, de cuyos cánones y decretos se servia con tanta oportunidad y

exactitud en las ocasiones que se presentaban, que parecia una biblioteca animada, ó un hombre que tenia presentes todos los libros en su prodigiosa memoria. Mas no penseis por esto que él se ensoberbeciese ó despreciase á los demas que no poseían así como él tan rico caudal de luces: nada ménos. No le acontecia lo que en el dia vemos con tanta frecuencia, despreciar á los antiguos, teniendo á nuestros mayores por unos hombres bárbaros y estúpidos que vivieron envueltos por siglos en las tinieblas de la ignorancia, como los egipcios por tres dias en las que formó Moisés para su castigo y escarmiento. El fraile estimaba á todos, amaba á todos, y con todos trataba con urbanidad y cortesía: él era humilde como la tierra, obediente á toda criatura por amor de Jesucristo, y se compadecia de las debilidades y flaquezas de sus prójimos, sin insultar á nadie por mas que apareciese reprehensible. Ya no extraño, señores, que á un hombre de tan extraordinario mérito personal le eligiese Dios nuestro Señor para grandes cosas: le habia adornado, como dice la santa iglesia en las actas de su vida, con un espíritu de consuelo para enseñar, y con espíritu de fortaleza para obrar todas las cosas por arduas y difíciles que fuesen; y así llegó á ejecutarlas tan grandes, que el entendimiento mas fecundo no se hubiera atrevido ni aun á fingirlas.

¿Habeis visto una nubecilla despreciable que apenas da otra idea de sí misma, que la de un lijero vapor que sube de la tierra; pero que agitada despues de los vientos se viste de pardas sombras, oscurece todo el horizonte, y engruesándose despues, ya rompe en horrorosos truenos, ya hace estremecer las gentes con sus relámpagos, y ya inunda toda la tierra con sus aguas? Pues á este modo, aquel fraile que dejamos encerrado en su convento preparándose con la oracion, la penitencia y el estudio para las grandes obras á que le destinaba la Providencia, sale cubierto de un hábito basto y bronco, atada la cintura con una cuerda, y llevando una cruz en la mano, y en el corazon el Evangelio, predica como un nuevo apóstol la ley inmaculada del Señor con efectos verdaderamente inexplicables. Venecia, Nápoles, Génova, Mantua y Pavia oyen la voz de este nuevo Elías, ó resucitado Pablo, y se convierten á millares los pecadores. Las damas mas ricas, mas delicadas y hermosas, llenas de un saludable pavor con la vista de Lorenzo, abandonan las galas, dan de mano á los placeres, y

muriendo enteramente al mundo para vivir en Jesucristo, siguen sus instrucciones y se encierran para siempre en los monasterios. Los tratantes dejan las usuras, los artesanos no se valen de engaños en sus talleres, los jueces administran justicia con equidad y desinterés: en las familias entra á reinar el buen orden, en la juventud la disciplina, en el clero la modestia, y en el templo la veneracion. ¡Qué transformaciones, señores, tan asombrosas! ¿Quién ha podido convertir la disolucion en recogimiento, las casas de juego en congregaciones de piedad, los teatros en oratorios, las conversaciones impuras en conferencias de espíritu, los conventículos de Satanas en juntas de devocion? ¿Quién, señores? Un fraile. ¿Quién ha puesto el buen orden en todos los estados haciendo que los magistrados no engorden con la sangre de los pobres: que los comerciantes sean verídicos en sus palabras, equitativos en sus ventas, justos en sus tratos: que los artesanos trabajen á ley, y los ociosos desaparezcan? ¿Quién, señores? Un fraile. ¿Y es esto ser útil al estado? Pero esto es nada.

La fama de los méritos de Lorenzo corre por todas partes: de todas le buscan, y á todas acude con un celo infatigable. Llámale á Alemania el emperador Rodolfo y el archiduque Matías, y vuela á Alemania nuestro Bríndis. Hace oír su voz en Viena, en Praga, en Hungría, en Bohemia y en Baviera, y todos le escuchan como á un ángel venido del cielo, ó como á un Bautista que sale del desierto. Acuden á sus sermones, no solo los católicos, sino los luteranos, calvinistas y zuinglianos, y el santo convierte particularmente su espíritu á la reduccion de aquellos herejes. No los desazona con malas palabras ni los irrita con tratamientos duros: se insinúa con dulzura en sus corazones, les manifiesta la luz con agrado y cortesía, deshace sus artificios, desvanece sus errores, y la fuerza de la verdad convierte á muchos. Cuando mas ocupado se hallaba nuestro Lorenzo en estas espirituales conquistas de católicos y herejes, le llama el papa Clemente VIII á Roma para que predique á los judíos en su misma lengua hebrea. Obedece el santo inmediatamente al mandato de la cabeza de la iglesia, y sin intimidarle la distancia de los lugares, lo arduo de la empresa y los inmensos trabajos de los caminos, marcha á Roma, y predica tres años enteros á aquella nacion endurecida, con tanta limpieza y propiedad en el idioma hebreo, con tanta

exactitud en las citas de la Escritura, con tanta elocuencia y espíritu, que pasmados los judíos confesaban no haber jamas oído hombre mas admirable y divino. Qué os parece? ¿Es esto ser útil á la iglesia, abrazar con una caridad universal, con un corazon abrasado en el amor divino toda clase de personas, los ricos, los pobres, los nobles, los plebeyos, los pecadores, los justos, los católicos, los judíos? Y quién es el hombre que forma un proyecto tan vasto y asombroso? Quién, señores? Un fraile. No lo dudeis, amados míos. Un fraile es quien no solo forma este asombroso proyecto que os llena de estupor y espanto, sino quien le lleva á debida ejecucion para utilidad de la santa iglesia. Un fraile es quien (como dice nuestro santísimo padre Pio VI, aprobando las lecciones de su oficio) convirtió innumerables pecadores á penitencia, obligó á los herejes á abjurar sus falsos dogmas, y confutó doctamente á los hebreos: *Innumerabiles peccatores ad penitentiam convertit: hæreticos ad ejuranda falsa dogmata adegit, hæbreos confutavit*. Un fraile es, continúa el mismo sumo pontífice, quien sacó del cieno de la torpeza las mujeres perdidas, quien apagó las discordias mas inveteradas, quien apaciguó los odios mas encendidos, y quien nada hizo que no fuese todo dirigido á la mayor gloria de Dios, aumento de la religion católica y utilidad de las almas, confirmando el Señor sus palabras con prodigios y maravillas. ¿Es esto ser útil á la iglesia? Lo es sin duda alguna; aun esto no es todo.

Ya sabeis que la vida del hombre tiene término, y á la verdad término bien corto: por consiguiente, si miéntas camina por este valle de lágrimas no procura hacer obras heróicas que le immortalicen, en breve desaparece su memoria sobre la tierra, y su nombre queda sepultado con su cuerpo entre los gusanos. Por esta causa unos han hecho sudar las prensas para perpetuar su memoria con los escritos: otros han edificado soberbios palacios: otros han levantado pirámides asombrosas: aquellos han fundado pingües mayorazgos; pero todos los que no han procurado immortalizarse por la senda de la virtud han errado el camino de la verdad. Sí, señores, esta es la única que nunca perece: la virtud da al justo un nombre eterno, contra el que no tiene imperio el lento pero devorador diente de los años. *In memoria eterna erit justus*. La virtud vence en duracion á los colosos de Ródas, á las pirámides de Egipto, á

los muros de Babilonia, á los teatros y circos de los romanos; pero si hay fuera de la virtud alguna cosa que conserve la memoria de los hombres con una duracion ménos pasajera que el resto de las fatigas humanas, son sin controversia los escritos; y ciertamente no podemos leer sin espanto las obras del grande Homero despues de tres mil años que su autor está convertido en polvo. Los libros pues de sana doctrina, escritos para gloria de Dios y provecho de las almas, producen en la iglesia una utilidad inexplicable. Por esta parte, amados míos, ¿quién será suficiente á explicar la utilidad que produjo en la santa iglesia nuestro Brindis con trece tomos en folio y uno en cuarto, escritos con tanta perfeccion y con una sabiduría tan del cielo, que al registrarlos la sagrada congregacion con aquella severidad, escrupulosidad y rigor que acostumbra en las obras de los que trata de canonizar la iglesia, exclamó en esta asombrosa expresion: *Vere inter sanctos patres potest enumerari*. Verdaderamente puede este autor ser contado entre los santos padres? ¿Qué os parece del fraile? ¿Es útil á la iglesia? Pero esperad un poco, que á grandes voces me está llamando el estado.

Representaos vivamente en vuestro espíritu dos poderosos ejércitos, uno de cristianos mandados por el archiduque de Austria Matías, y el otro de turcos capitaneados por el emperador Mahometo III en persona, y ya inmediatos á darse la batalla. No puede buscarse en la tierra espectáculo mas grande, ni suceso en que interese mas un estado. Del éxito de aquella accion decisiva va á llorar el Austria con lagrimas inconsolables su desdicha si la pierde, ó la Puerta Otomana va á cerrarse cubierta de luto si la suerte la es adversa. Haciendas, honras, vidas, lugares, villas, ciudades, templos, religiosos, sacerdotes, sacramentos, todo interesa en el éxito feliz de una batalla: todo se transforma y se confunde cuando la accion se pierde. Cúbrese los campos de cadáveres, destrúyense los frutos, arruínanse los pueblos, demuélnense las fortificaciones, interrúmpese el comercio, las artes y la agricultura se abandonan, y hasta los templos de Dios y sus ministros son insultados y hechos objetos del furor y carnicería de los bárbaros. ¿Quién podrá en estas críticas y terribles circunstancias ser el íris de la serenidad en los corazones de los católicos agitados de tan melancólicas ideas? Quién, señores? Un fraile. No lo pongais en duda.

Cuando mas afligidos se hallaban los cristianos por la multitud y soberbia de los turcos, he aquí que por mandado del papa Paulo V y del emperador Rodulfo, se presenta Fr. Lorenzo acompañado de otros doctos capuchinos, en medio de los dos ejércitos, con una bandera en una mano y una cruz en la otra, y animando á los católicos y prometiéndoles la victoria, dan sobre los enemigos. Lluven balas sobre nuestro beato; pero como si su cuerpo fuese algun muro de diamante, caen muertas en tierra apenas le tocan en el hábito. Forma la señal de la cruz sobre la artillería de los turcos que hacia notable daño á los católicos, y desde aquel feliz momento no vuelven á despedir un solo tiro los cañones. Animanse con este prodigio los católicos, desfallecen los turcos, gánaseles la batalla, con muerte de mas de treinta mil enemigos, tómate de resultas la famosa plaza de Belgrado, quedan en poder de los cristianos todos los víveres, armas, municiones, carros, tiendas y riquezas del ejército vencido de los turcos.

Y como si hubiera hecho poco este hombre incomparable en servicio de la iglesia y del estado debilitando el imperio de Mahoma, vuela á Baviera como legado del papa para reprimir la audacia y orgullo de los herejes, lo que consigue en el congreso de Múnaco, en que los mismos herejes confesaron se debia el triunfo de la religion católica á la espada del duque de Baviera, y á la lengua de Brindis. Y porque ningun género de utilidad dejara de experimentarse de este admirable religioso, corre á Milan para asistir al lado de don Pedro de Toledo en las guerras de Saboya: viene tambien dos veces á España como embajador del pontífice y del reino de Nápoles, para tratar con Felipe III materias de la mayor importancia, allanando de tal suerte las dificultades que ocurrían, que el mismo rey llegó á decir: este embajador manda, no ruega. De suerte, amados míos, que como si nada grande se pudiera hacer en Europa sin la direccion del fraile, así era llamado de todas partes, y por toda clase de personas. Sumos pontífices, emperadores, reyes, príncipes, duques, condes, marqueses, todos tenían puestos los ojos en Lorenzo: todos le miraban como un hombre poderoso en obras y palabras, como un terror de los turcos, espanto de los judíos, confusion de los herejes, amparo de los católicos, acérrimo defensor de la iglesia, y promotor activo de los intereses de los príncipes. En una palabra, él era

un fraile; pero todos le confesaban infinitamente útil á la iglesia y al estado. ¿No es esto lo que en el principio ofrecí demostraros?

Tiempo hace que os estoy escuchando: que si todos los frailes fueran como Fr. Lorenzo, vosotros no hablariais contra ellos; pero que la ignorancia de unos, la relajacion de otros, y la ociosidad de muchos, os ponen en movimiento la lengua. No permita Dios, hermanos míos, que yo haya subido á esta cátedra de la verdad para hacer la apología de la ignorancia, de la ociosidad ó la relajacion. No, señores. Yo lo sé, y lo confieso lleno de rubor. Hay frailes, como yo, de poquísimos espíritu, que no damos aquel buen ejemplo que debemos, amigos de vagar por el mundo, enemigos del estudio, del retiro y la penitencia, y que hasta en la cátedra del Espíritu santo carecemos de aquel sagrado fuego, de aquel celo, de aquella fuerza de espíritu que caracteriza á los hombres apostólicos; pero decidme, ¿el desórden de estos por qué ha de oscurecer el mérito sobresaliente de tantos otros frailes humildes, modestos, castos, laboriosos y caritativos? ¿Seria este buen modo de argüir: entre los seglares hay jóvenes libertinos, casados adúlteros, viudos amancebados, doncellas sin pudor, casadas sin humildad, sin castidad ni vergüenza; luego todos los seglares son impuros: en el seclarismo se encuentran hombres fraudulentos, enemigos de la verdad, embrollistas perpetuos, pleiteantes sempiternos, ambiciosos sin límites, robadores y sacrílegos sin término; luego ya nos es lícito insultar á todos los seglares? ¿Este es un buen modo de pensar? En el siglo ha habido reyes crueles, ministros avaros, jueces apasionados, y hombres ladrones y homicidas que han muerto á manos de la justicia colgados en una horca; pues ya no estimemos al rey ni honremos á sus ministros, ni respetemos á los jueces, y hablemos mal de todos los seglares, aunque haya entre ellos innumerables hombres y mujeres adornados de ciencia y de virtud. ¿Qué os parece? Porque tal vez en el siglo se halle un clérigo, que olvidado de las obligaciones de su estado, frecuente casas sospechosas, ó admita en su habitacion mujeres de mala nota, ¿ya podremos decir que todos los clérigos son deshonestos? Porque se encuentre acaso en el mundo un sacerdote mas amante del interes que de la salvacion de las almas, un sacerdote que muera cubierto de dinero, que será para él de eterna perdicion, por haberlo guardado con

avarientas entrañas, sin necesidad propia suya, dejando á tantos prójimos desnudos, á tantos hambrientos, á tantos miserables sin vestido, sin comida y sin socorro: porque se halle, vuelvo á decir, en el mundo algun sacerdote de esta clase, ¿ya nos será permitido poner atrevidamente nuestra lengua en el venerable y siempre santo estado sacerdotal? Insensatos! ¿No advertis que este modo de pensar seria un error, seria una necedad, seria un delirio? Pues qué remedio? El silencio, señores, el silencio, y atender cada uno eficazmente al cumplimiento de sus respectivas obligaciones. Y si este remedio no os acomoda, hablad en hora buena; pero sea arrojando primero las vigas de lagar que teneis encima de los ojos, y no las quereis ver, y despues venid á quitar de vuestras pupilas las pajas que tanto os llevan la atencion: *Hypocrita*, decia Jesucristo, *ejice primum trabem de oculo tuo, et tunc perspicies, ut educas festucam de oculo fratris tui* (1). Démonos pues todos á partido, y saquemos de este sermón algun fruto, ya que oímos tantos otros sin alguna utilidad. Determinemos firmemente guardar nuestra lengua de toda murmuracion, y no permitir jamas que en nuestra presencia se murmure del gobierno ni de los ministros, ni de sus providencias, ni del clero, ni de sus costumbres, ni de los religiosos, ni de sus modales; si no que tengamos para todos una lengua limpia, una lengua caritativa. Así ya que no seamos tan útiles á la iglesia y al estado como nuestro Bríndis, á lo ménos no seremos tan perjudiciales como lo hemos sido hasta el presente por nuestra libre y atrevida lengua. Dios nuestro Señor que es rico en misericordias, aumentará en nosotros su divina gracia, y obrando nosotros con ella lograremos verle y gozarle por eternidades en la gloria.

(1) *Lnc. c. 6. v. 42.*